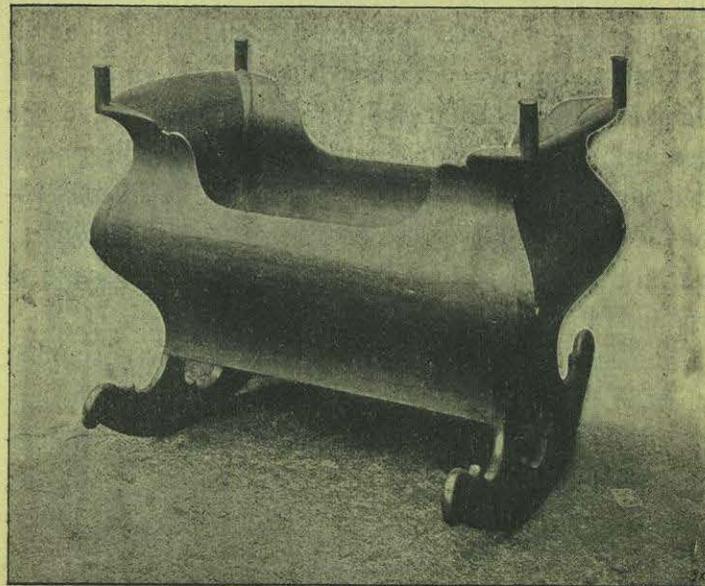


deza, mas por vías que escapaban á la penetración del príncipe heredero, que hacía causa común con el pueblo en su guerra contra Bismarck; pero, severamente reprendido por el rey su padre después de su primera y última manifestación política en un sentido de franca



La cuna de los Hohenzollern

oposición al futuro canciller, el kronprinz asistió como simple espectador á los acontecimientos que hubieran podido arruinar á la monarquía, pero que la elevaron al pináculo del poderío. Menos libre que el último de los periodistas ó que el más humilde de los electores, no podía decir una palabra sobre los negocios públicos, y callaba por respeto y por espíritu de obediencia.

Vivía en el seno de la familia, con toda modestia y tranquilidad. Su prole aumentaba. En 27 de enero

de 1859 había nacido su primer hijo, el hoy emperador Guillermo.

El nacimiento de un heredero llenó de alborozo á la corte y á la población que estuvieron varios días de fiesta. El abuelo recibió la noticia en el momento en que despachaba con un ministro; salió precipitadamente y, para no tener que esperar su coche, metióse en un simón dando prisa al auriga. Llegó á casa de su hijo á tiempo que salía el mariscal Wrangel. Cuéntase que este veterano dijo á la muchedumbre agolpada á la puerta del palacio: «¡Bien val! ¡Es un *recluta* de lo más robusto!» Todos los príncipes de la casa Hohenzollern nacen destinados á la milicia, y el mismo horóscopo se repite ante cada cuna.

Nacieron siete hijos más de aquella unión fecunda: en 1860, la princesa Carlota; en 1862, el príncipe Enrique; en 1864, el príncipe Segismundo; en 1866, la princesa Victoria; en 1868, el príncipe Waldemar; en 1870, la princesa Sofía Dorotea; en 1872, la princesa Margarita. Varios han muerto. El príncipe Segismundo había nacido el año de la guerra danesa. Cuando el magistrado de Berlín fué á dar la enhorabuena al príncipe Federico, éste contestó: «En medio de la alegría que me causa este nuevo presente del cielo, no podemos olvidar á los padres á quienes las batallas de este año han arrebatado hijos llenos de esperanza. En el fondo de nuestro corazón, hemos sentido la obligación de educar á este hijo como á sus hermanos mayores en el amor, la abnegación y la fidelidad á su patria.» Dos años después, en junio de 1866, en el momento de ir á conducir su ejército á los desfiladeros de la Bohemia, el príncipe Federico recibió la noticia de la muerte de este niño.

De regreso en Berlín, recibió del magistrado, con las felicitaciones por el éxito de la campaña, el pésame por la pérdida de su hijo. «¡Era un cruel deber



El príncipe Regente tomando un coche para ir á ver á su nieto recién nacido.  
Dibujo de C. Celker

para mí, contestó, el permanecer lejos de mi esposa y de mi hijo moribundo, sin poder cerrar los ojos á la criatura que nos dejaba. Pero es para mí una satisfacción el ofrecer este sacrificio á mi patria!»

Todos los que vieron, en días de duelo, al príncipe Federico y á la princesa Victoria, se compadecieron de

su profunda pena. En marzo de 1879, en el momento en que el cortejo fúnebre salía de su palacio para conducir á la iglesia al príncipe Waldemar, muerto á los doce años, salieron al balcón para seguir con la vista al féretro con tan triste mirada que el pueblo prorrumpió en sollozos. Al día siguiente, durante los funerales, el príncipe Federico, arrodillado junto al sepulcro entreabierto, vertía amargo llanto.

El *recluta* cuya *robustez* había anunciado el mariscal Wrangel al pueblo de Berlín, apenas nacido, estuvo á punto de tener que ser declarado *inútil* para el servicio de las armas.

Cierto reglamento de la familia Hohenzollern estipula que, para ser digno del mando, lo mismo que para aspirar á sentarse algún día en el trono, todo príncipe real de Prusia debe estar sano de cuerpo y de espíritu; y el niño Guillermo había nacido con un achaque de bastante gravedad para que los médicos lo creyesen incurable.

Su madre, la princesa Victoria, apasionada por todo lo de su país natal, había hecho llamar á un tocólogo inglés para que la asistiera en su alumbramiento, y no quería entregarse en manos de los facultativos alemanes. Quizá por la tardanza en practicar la delicada operación que el caso requería ó porque los médicos estuviesen poco acertados en ella, el parto fué laborioso, y el pequeño príncipe nació con el brazo izquierdo lisiado en la parte inferior al codo.

El futuro emperador vino al mundo sin más ceremonias que cualquier hijo de la clase media. Fué recibido por una comadrona y dos médicos de la corte. Uno de ellos, el Dr. Martín, era especialista en enfermedades



FEDERICO GUILLERMO, PRÍNCIPE HEREDERO DE PRUSIA

Copia de un grabado en acero de F. Weber, sacado de un retrato original de J. Winterhalter

de la mujer; pero, en Alemania, los médicos consideran indigno de su profesión el hacer de comadrones. Sólo asisten «al acto» para intervenir en caso de graves complicaciones. En la inmensa mayoría de los casos, se limitan á dirigir las disposiciones preliminares, cuidando, sobre todo, de que las medidas de higiene sean rigurosamente observadas. Quien opera es la comadrona.

La que asistió á la princesa Victoria en su primer parto se llamaba Stahl, y no hace muchos años que refería á una dama de la corte el apurado trance en estos términos:

«¡Ah! ¡no puede usted imaginarse lo débil y nerviosa que estaba la pobre princesa, que apenas tenía entonces diez y ocho años! Se mostraba agitada, no sólo por la aprensión propia de toda primeriza, sino también por la grave cuestión política que el acontecimiento suscitaba. Figúrese que, en aquella época, nuestro pobre rey Federico Guillermo IV estaba ya loco de remate, y que hacía veinte años que no había habido ningún nacimiento en la familia real!

»Se acordó que el Dr. Martín, que ya había cuidado á Su Alteza en su enfermedad nerviosa, la asistiría en el parto con ayuda del médico de cámara, y yo me encargaría de recibir á la criatura.

»Pero en el momento en que ésta vió la luz, la princesa se encontró tan mal que los médicos creyeron que iba á morir. Yo tuve que abandonar momentáneamente al niño para ayudarles. Pero, imagínese cuál no sería mi sorpresa cuando, al volver al lecho en que lo había dejado, lo encontré inmóvil y sin que diera un solo grito. De pronto, temí que hubiese nacido muerto.

Llamé al Dr. Martín en mi auxilio y, los dos, empleamos los medios indicados en casos semejantes para devolver la vida á la criatura.

»Después que los médicos hubieron tratado en vano de reanimarlo, lo cogí sobre mi brazo izquierdo y, con la mano derecha, empecé á golpearlo con una tohalla mojada, según la buena práctica antigua, con espanto de los médicos y demás personas presentes.

»¡Al diablo la etiqueta!, dije para mí, viendo los gestos de unos y otros. Después de todo, ¿no era, para el niño, cuestión de vida ó muerte? Seguí golpeando, ora con fuerza, ora con suavidad, y el éxito coronó mis esfuerzos, porque después de haber retumbado el último de los ciento y un cañonazos con que se anunció el nacimiento del príncipe, escapóse de la boca de éste un débil grito. ¡Vivía pues! ¡Gracias á mí, nuestro infante se había salvado!»

Hablando del brazo lisiado del emperador, la venerable señora Stahl decía:

«Nadie reparó en la desgracia hasta tres ó cuatro días después del nacimiento de la criatura. Ocupados en reanimarlo, cuando ya casi todos le habíamos dado por muerto, no se nos ocurrió examinarle los miembros. Así es que, el 28 de enero, cuando el príncipe Federico enseñó el recién nacido á su familia y á las personas de su trato, nadie notó nada.

»Sólo un par de días después se descubrió que el niño no movía el brazo izquierdo. Al examinarlo de cerca, se vió que la articulación del codo estaba descoyuntada. Ello no hubiera sido muy grave en un niño de buen temperamento, pero en el príncipe Guillermo, las carnes y los músculos inmediatos se hallaban en un es

tado tan lastimoso que nadie se atrevió á intentar la reposición del miembro, como se hace generalmente en tales casos.

»Yo sé que atribuyen el achaque del emperador á una torpeza de las personas que le ayudaron á venir al mundo; pero, ¿cree usted que, si esto fuese verdad me dejarían venir á palacio, para estropear á otros Hohenzollern? La verdad es que el príncipe tenía naturalmente el brazo mal conformado, y una gran debilidad en toda la parte izquierda del cuerpo, y esa debilidad, el emperador la tiene todavía.

»En palacio, todo el mundo sabe que si el continente del soberano es vivo y ágil, se debe á que Su Majestad pone constantemente cuidado en sus actitudes y movimientos, y si se abandona un momento, su pierna izquierda flaquea en seguida. Siempre sufre de la oreja izquierda, y siente frecuentes dolores en todo el



Medalla conmemorativa del nacimiento del actual emperador (27 enero de 1859)

lado izquierdo de la cabeza. Si se tiene en cuenta el estado nervioso de la princesa Victoria, en el último período de su embarazo, no es de extrañar que su hijo



La princesa Victoria con su hijo el príncipe Guillermo

se haya resentido de ello. La madre le transmitió su mal que se ha concentrado enteramente en el costado izquierdo.»

Entre las muchas versiones contradictorias que circulan sobre la dolencia de Guillermo II, la de Fraulein Stahl parece la más verídica, porque si fuese verdad,

como insinuó el Dr. Hinzpeter, que «la comadrona estropeó el brazo izquierdo del niño,» la culpable hubiera caído en desgracia y no continuaría siendo recibida en palacio. Al tener noticia del nacimiento del prin-



El príncipe Federico Guillermo y su hijo Guillermo

cipe, la reina Victoria telegrafió á su hija preguntándole si el niño era de constitución robusta.

¡Con razón estaba ansiosa por su nieto, cuyas venas contenían sangre de los Jorges!

¡Esta consanguinidad es la que el emperador maldice, y no á la pobre partera que le recibió en sus brazos, lisiado ya antes de nacer!

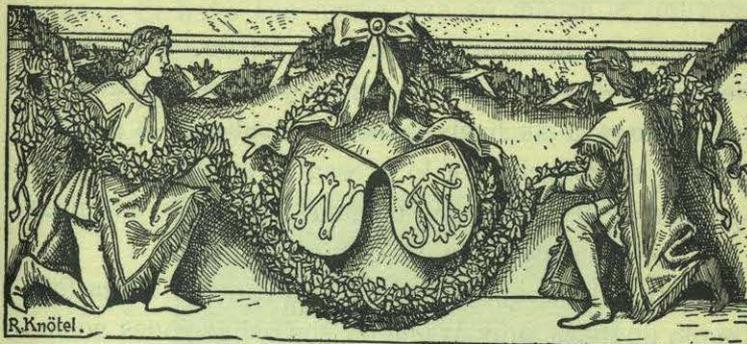
Guillermo II lleva, en general, su brazo izquierdo pegado al cuerpo, y la mano, que no es deforme, sino

pequeña y desmedrada, apoyada en el pecho, ó sobre la cadera cuando monta á caballo. Los dedos de la mano estropeada no se hallan enteramente paralizados, y, aunque la extremidad superior del radio no encaja bien en los cóndilos del húmero, el miembro no es inerte. Aunque el emperador no puede levantar ni servirse de ningún objeto con la mano izquierda, puede cogerlo y sostenerlo. Así es que sujeta las riendas con esta mano, pero guía su caballo con la derecha ó con las rodillas.

La mano sana de Guillermo es gruesa, fea y de un contacto poco agradable. Cuando estrecha otra, lo hace con una fuerza inmoderada que, á veces, lastima.

Los que afirman que el emperador tiene un cáncer en el oído izquierdo, no tienen ninguna prueba positiva en que fundar su aserto, pues los mismos médicos se hallan indecisos é incapaces de sostener que el soberano de Alemania padezca esa horrible enfermedad.

Lo cierto es que el pequeño *recluta*, anunciado á los berlineses por el capitán general Wrangel, á pesar de sus achaques y á pesar de la tradición de los Hohenzollern, fué declarado «útil para el servicio de las armas» y apto para gobernar.



## CAPÍTULO II

Primeros años de Guillermo II. - Anécdotas. - Primera recepción del pequeño Fritz. - Una frase del rey Guillermo. - El príncipe Guillermo refractario al baño. - Su instrucción elemental. - En Cassel. - Segunda enseñanza. - El profesor de francés. - Sus memorias. - Laboriosidad y pundonor de Guillermo. - Su afición á la bella prosa y á la poesía. - Su héroe predilecto. - La princesa Victoria, educadora de sus hijos. - Grandeza de alma del joven Guillermo. - Educación del príncipe bajo la dirección del general Goldberg y del doctor Hinzpeter. - Retrato moral del educando. - Su socialismo. - Curiosa anécdota. - En la Universidad de Bonn. - Guillermo cambia de actitud y de conducta. - Costumbres estudiantiles. - Pendencias y cuchilladas. - La Borussia. - Excursión á París. - Herencias intelectuales y morales. - Aspiraciones marítimas. - Autores favoritos de Guillermo. - Su aversión á Racine. - Su aprendizaje político bajo la dirección de Bismarck. - Aventura del futuro kaiser con un cochero de Viena. - Sus cualidades como militar. - Varias anécdotas.

Los primeros años del príncipe Guillermo no ofrecen un interés muy trascendental para la historia, aunque los biógrafos más ó menos officiosos del actual emperador refieren acerca de su infancia una infinidad de anécdotas ensalzadas á porfía. Uno de ellos celebra, con pomposo lirismo, un simple episodio que titula «la primera recepción del príncipe real de Prusia.»